

DISCURSO
QUE EN LA
VELADA LITERARIA

OFRECIDA A LOS ILLMOS. Y RMOS.

Señores Arzobispos de México
y de Michoacán

POR HABER ASISTIDO

AL PRIMER CENTENARIO DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA DE SAN FELIPE NERI
DE QUERÉTARO

EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1905

PRONUNCIÓ EL

Sr. Lic. D. Vicente de P. Andrade

Canónigo más antiguo
de la Sacrosanta Basílica de Santa María de Guadalupe, individuo
del Instituto Bibliográfico, del Ateneo Mexicano
y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.



X3853

M4

5

MÉXICO

IMP. Y LIT. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y CIA., S. EN C.
Calle de Santa Clara num. 15.

1905

Sr. Cngo Lic. D. Alberto Fernandez

48

B X3853

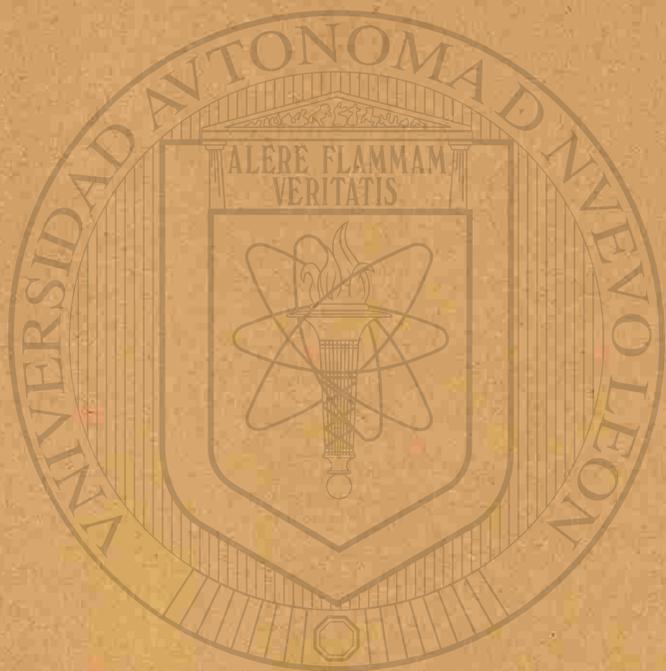
. N4

A 5

348



1080016529



DISCURSO QUE EN LA VELADA LITERARIA

OFRECIDA Á LOS ILLMOS. Y R.MOS.

Señores Arzobispos de México
y de Michoacán

POR HABER ASISTIDO

AL PRIMER CENTENARIO DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA DE SAN FELIPE NERI
DE QUERRÉTARO

EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1905

PRONUNCIÓ EL

Sr. Lic. D. Vicente de P. Andrade

Canónigo más antiguo
de la Sacrosanta Basílica de Santa María de Guadalupe, individuo
del Instituto Bibliográfico, del Ateneo Mexicano
y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MÉXICO

IMP. Y LIT. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y CÍA., S. EN C.
Calle de Santa Clara núm. 15.

1905

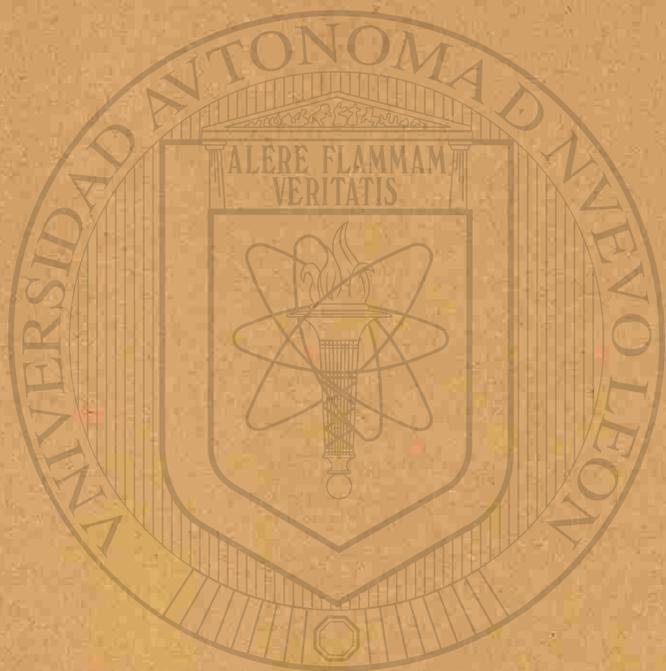


Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41537



1080016529



DISCURSO QUE EN LA VELADA LITERARIA

OFRECIDA Á LOS ILLMOS. Y R.MOS.

Señores Arzobispos de México
y de Michoacán

POR HABER ASISTIDO

AL PRIMER CENTENARIO DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA DE SAN FELIPE NERI
DE QUERRÉTARO

EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1905

PRONUNCIÓ EL

Sr. Lic. D. Vicente de P. Andrade

Canónigo más antiguo
de la Sacrosanta Basílica de Santa María de Guadalupe, individuo
del Instituto Bibliográfico, del Ateneo Mexicano
y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
MÉXICO

IMP. Y LIT. «LA EUROPEA» DE J. AGUILAR VERA Y CÍA., S. EN C.
Calle de Santa Clara núm. 15.

1905



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41537

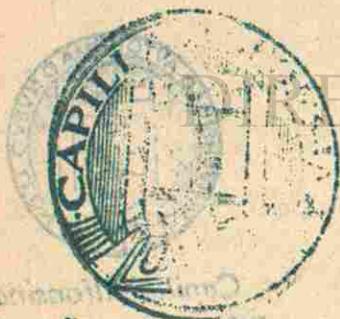
BX3853

M4

A5



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO EME
VALVERDE Y TELLEZ

En los albores del año de 1856, siendo todavía muy joven, dejé mis patrios lares para ir á aprender el idioma latino en el entonces renombrado Seminario de León, que el Illmo. Sr. Portugal había confiado á la dirección de los hijos de San Vicente de Paúl. Desde que penetré á vuestra ciudad en diligencia, vehículo que entonces estaba en usanza, sentí por ella una simpatía tan grande, que ni por haber conocido después otras muchas en nuestra patria y en el extranjero, se ha disminuído en lo más mínimo. Siempre la he visto con particular predilección, y doy de lo íntimo de mi alma infinitas gracias al Señor, porque me ha concedido en el ocaso de mi mísera existencia, venga en esta noche á hacer os manifestación, oh amados queretanos, de mis afectos hacia este lugar donde visteis la primera luz y donde felizmente moráis; lugar tan privilegiado del cielo, como que ha sido la mansión de muchas almas santas: pareceme que quienes moran en esta ciudad, tienen más cerca nuestra deseada Sión.

Illmos. y Rmos. señores Arzobispos, permitid este desahogo á un pobre anciano, que ante vosotros se siente anonadado por la gratitud que os guarda, por el respeto que profesa á vuestra acrisolada virtud, por la veneración que le despierta vuestro talento é ilustración, por

004348

el cariño que le inspira vuestra caballerosidad y demás múltiples prendas que os adornan.

Perdonad mi osadía si me atrevo á preguntaros: ¿por qué habéis venido á ennoblecer, á enaltecer y á dar tanto lustre con vuestra augusta presencia al memorable centenario de la dedicación de uno de los más suntuosos templos que hermocean á la siempre levítica ciudad de Querétaro? Pienso que no sólo os ha traído una invitación á la cual jamás desatenderiais, sino que otra vez más habéis querido dar á la faz de la Iglesia Mexicana una prueba de vuestro acendrado amor al gran apóstol de Roma, en sus hijos. Benditos seáis, Illmos. señores, porque no se oculta á vuestra vasta penetración que las familias regulares son tan indispensables para la Iglesia, como para la sociedad la milicia y la magistratura. Benditos seáis, porque conserváis incólumes las enseñanzas que cuando erais niños aprendisteis de los augustos Pontífices que regían entonces los destinos de la Iglesia Mexicana: los Portugales, Vázquez, Belaunzaranes, Garzas, Munguías, Espinosas, Barajas, Colinas y Vereas, que tanto lucharon por impedir el horrendo atentado que comenzó á fraguarse en 1833 y que vino á consumarse veintiséis años después, cual fué disponer de los bienes de la Iglesia, abolir la santa unión conyugal y destruir por dondequiera los nidos de las místicas palomas, "que dentro de las hendeduras de la piedra y en la abertura de la muralla," (Can. II, 14), cual tórtolas plañideras entonaban las divinas alabanzas, é impedir también que en el silencio y en la soledad se adiestrasen los batalladores contra el averno.

No puedo dejar relegado al olvido lo que un famoso doctor Gostañeta, dijo al Illmo. señor Arzobispo Lizana el día 21 de Abril de 1803, cuando visitó esta ciudad co-

mo su prelado que era entonces, á saber: Los felipenses de Querétaro son las piedras más valiosas y brillantes de vuestra pectoral: si alguna vez tuviera la necia temeridad de pretender ser obispo, sería para la diócesis de Querétaro, únicamente porque tendría entre mis cooperadores á los hijos de San Felipe Neri que en esta afortunada ciudad han sido, son y serán eficacísimos.

En la Iglesia de Dios, los hijos de San Cayetano se han distinguido por su pobreza, los del Serafín humano, por su humildad, los dominicanos por su acendrada devoción á la Virgen Madre, los Agustinos, por su dedicación al estudio, los del Carmelo por ser hombres de oración, los de San Ignacio, por su obediencia, los simpáticos pasionistas, por su penitencia y los de San Felipe Neri, como cultivadores de los lirios de pureza y las azucenas de la castidad.

Rodeado de un auditorio tan ilustrado como el que me hace el honor de escucharme, y felizmente libre de los errores condenados por la Iglesia, que son tan comunes entre los que no profesan sus enseñanzas; no debo temer que os desagrada haga algunas reminiscencias biográficas, no relativas á los principales bienhechores de Querétaro, como Conin, después Fernando de Tapia, Don Joaquín de Urrutia, primer Marqués de la Villa del Villar del Aguila; el Pbro. D. Juan Caballero y Osio; Don Fausto Merino; Don Melchor de Noriega Cobielles; Don Juan Antonio del Castillo Llata; ni de Doña Josefa Vergara, de Doña María Cornelio Codallos, de Doña Cayetana Galeana y de Doña María Antonia Rodríguez de Pedroso, Marquesa de Selva Nevada ó Sor Josefa de Santa Teresa; tampoco de los prelados que aquí tuvieron su cuna; ni de los tres canónigos, ilustres

queretanos, que lo fueron de la Santa Iglesia de Michoacan; el I.ºc. Don Mariano Escandón y Llera, tercer conde de Sierra Gorda, Caballero de la Orden de Carlos III, que figuró en la guerra de insurrección; el Dr. y Mtro. Don Santiago Velázquez de Lorea y el Dr. Don José Rodríguez Vallejo. Quiero hablaros de otros insignes varones, no menos eximios, y que no han sido extraños á esta ciudad.

Hace casi media centuria que uno de ellos pisaba esta ciudad enviado por el dignísimo Arzobispo de México, ceñido con la aureola del saber, dotado de una pureza angélica, que desde entonces hasta hoy guarda ilesa, así como el místico perfume de la violeta que trasciende en todo él. Venía á dar saludables pastos á las ovejas que estaban bajo el patrocinio de la madre de la Inmaculada María; esto pasaba el memorable 22 de Febrero de 1856. Trató desde luego de reconstruir su templo, que no vió terminar, pues sólo permaneció entre vosotros unos veinte meses; pero como un recuerdo de su munificencia, ese templo guarda un precioso ornamento. Fué aquí donde tuvo principio felicísimo su luminosa carrera, en la que ha dejado siempre gratas memorias por haber cumplido fiel é intachablemente su sacro ministerio: aquí dió las primicias de sus escritos, publicando un opúsculo contra el impío Alvarez. Después pasó á desempeñar el magisterio en el Seminario Conciliar de México; recibió las blancas ínfulas doctorales; volvió á ser Cura de almas, cargo anexo á la Canongía que obtuvo en mi actual Basílica, de donde fué trasladado á la primera Catedral Metropolitana de nuestra Iglesia, y fué ascendiendo en el espacio de 29 años, desde último prebendado hasta Deán, que es la primera dignidad, la cual dejó para ser nuestro dignísimo Arzobispo, puesto

muy elevado que jamás le ha deslumbrado, en el cual se ha manifestado como modelo de gobernantes por su trato de cariñosísimo padre, lleno de complacencia, de gran misericordia, y por fin, de incansable laboriosidad. Uno de los brillantes más valioso de su inmortal corona ciertamente será que en su larga carrera ha sido amigo, protector y padre de las familias religiosas, ora se hayan consagrado á la educación de la infancia y juventud, ora á auxiliar á los enfermos y á los desvalidos, ora á instruir á las multitudes en las evangélicas doctrinas, y lo que ha sido siempre más conforme con su piedad, á las que tienen un trato íntimo con Dios en la oración: tan crecido número de esas buenas almas henchidas de gratitud, han elevado de continuo al cielo sus plegarias, que no han sido en vano, pues han descendido raudales de luces, de gracias y de favores sobre él; por esto ha llevado con tanto acierto los difíciles cargos que se le han confiado. Con razón mi inolvidable padre, el Illmo. señor Labastida, admiraba en él, no tanto su grado académico de doctor, cuanto la sabiduría y el tacto para administrar los bienes que se le han confiado y la inalterable paciencia en el espinoso cargo de Vicario de religiosas. ¿Por qué no decirlo? Yo le debo como nadie mucho, muchísimo: su confianza y su cariño constantes; siempre he encontrado no sólo abiertas las puertas de su palacio á cualquiera hora, sino las de su corazón; no sólo me siento ufano con tan inmerecidas consideraciones y testimonios de su inmensa benevolencia, sino obligado á publicar en cuantas ocasiones se me ofrecen, mi agradecimiento que no tiene valladares.

Me remontaré ahora muchos años atrás: contamos ya siglo y medio desde que llegó á esta vid del Señor, enriquecida después de nuestro México como ninguna

otra, con los beneméritos franciscanos (1531) y los hijos de Bernardino Alvarez (1586) en el siglo XVI; con los discípulos de Pedro de Alcántara (1613), de Juan de la Cruz (1614), de Ignacio de Loyola (1625), de Domingo de Guzmán (1692), y de los imitadores de Linaz y de Margil (1683) en el siguiente siglo, y por fin con los prosélitos de Agustín y de Pedro Nolasco en el siglo XVIII, y con las hijas de Clara (1607), y de Coleta (1721); llegó, os decía, un venerable sacerdote, digno de eterna memoria, Martín de San Cayetano Jorjanes y Castrejón, para derramar en tan privilegiado suelo una fecunda semilla, que bendecida por el celestial Jardinero, debía dar, como dió y seguirá dando, á pesar del enemigo del hombre y de sus miserables secuaces, copiosísimo fruto, arrancándole de sus infernales garras incontable número de almas. Esta era la intención que en su noble pecho abrigaba; aquí á cuantos le vieron, edificó por su admirable vida, que consignó en un libro (1760) el P. Villaplana, religioso del Colegio Apostólico de la Santa Cruz. Cumplida admirablemente su santa misión, murió Martín el 5 de Abril de 1760, sin haber visto realizarse la fundación del Oratorio Queretano, porque hasta después de su fallecimiento llegaron la Bula Pontificia del 16 de Mayo y Real Cédula del 24 de Enero de 1760 que la autorizaban. Cúpole al P. Marcos de Ortega, felipense de San Miguel el Grande, venir á establecer aquí la deseada fundación, en una humilde capilla y casa que se dedicó en Noviembre 21 de 1763, donde permanecieron hasta Mayo de 1800 él y sus imitadores; uno de éstos, el P. Esteban Joaquín Ramírez de Béjar, antiguo Cura de Ucareo, que después de haber sido dos veces Preposito, murió de 71 años, el 8 de Enero de 1780. (1).

Elogiar brevemente á estos numerosos é inclitos varones, cuando la vida de cada uno podría llenar un volumen, temeridad parece formular tan semejante proposición. No obstante, como los insignes felipenses que hasta ahora han compuesto la Congregación del Oratorio de Querétaro, se parecen de tal modo por sus altas virtudes, que se confunden entre sí, elogiar á uno es dignificar á todos, y ensalzar á dicha Congregación en general es encomiar á cada uno en particular.

Así, pues, basta á mi objeto con que yo entresaque de esa multitud de varones ilustres, á uno que otro. Comenzaré por el P. Dimas Diez de Lara, venerable Preposito, que cuando era Cura de Santiago Tianguistengo, solía divertirse jugando al ajedrez con otro sacerdote. Cierta ocasión tuvieron una cuestión acerca de la salvación de nuestros indios: el uno sostenía la afirmativa y el otro la negativa: se dirimió la controversia prometiéndose que el primero que muriese vendría, si Dios se lo concedía, á decidir el caso. El P. Dimas estaba una noche en su casa, oyó que le llamaban por la ventana: preguntó qué se ofrecía y la respuesta fué: "Vengo á decirte solamente, que de los indios algunos se salvan; pero de los curas ninguno." Aunque no estoy absolutamente conforme con esto, pues si el cura logra salvar siquiera una alma, tiene casi asegurada la suya, conforme á esta doctrina de San Agustín: *animam salvasti, animam tuam praedestinasti*: salvaste una alma, predestinaste la tuya; he referido el caso á fin únicamente de indicar el móvil que tuvo el P. Dimas para refugiarse en el Oratorio en 1775, porque después de oír aquella respuesta, mandó que fuesen á ver al Padre con quien solía jugar al ajedrez, y se sorprendió al saber que su casa estaba consternada, porque acababa

de fallecer. El P. Dimas dejó luego el curato, se dirigió á México y formó su espíritu en el Oratorio. Después pasó al de esta ciudad (1785), trabajó cuanto pudo por la construcción del templo, y gracias á la merecida influencia que tenía adquirida con su sólida virtud y saber, reunió los fondos necesarios (2). Mas terminada la construcción después de muchas fatigas y de un sinnúmero de afanes, al quitarse la última cimbra de su hermosa cúpula, vino ésta abajo estrepitosamente. ¡Qué amargura! no pudo contenerse el P. Dimas y prorrumpió en copioso llanto.

A poco salió de entre los escombros para recorrer las calles y manifestar su grandísima angustia; no fué inútil, pues los generosos comerciantes de las casas y tiendas que había en las calles que median entre San Felipe y San Francisco, á donde se encaminaba para referir su desgracia á los hijos de este seráfico Padre, le reunieron los catorce mil pesos en que se presupuestaron los perjuicios del desastre: con tan grata oferta volvió consolado á su Oratorio; tuvo por fin la satisfacción de que el jueves 19 de Septiembre de 1805 se dedicara el templo de su Santo Padre.

Entre varias tribulaciones, la última durísima con que el Señor purificó al P. Diez de Lara, fué la ceguera. Tuvo durante esta prueba, que sufrió con la resignación de los justos, un gran consuelo. Había mandado hacer á Don Mariano Arce la hermosísima escultura de Ntra. Sra. de los Dolores, que todavía veneramos en este templo, y cuando se la entregaron, ya estaba ciego; pero con tal fervor pidió al Señor le concediese verla, que su oración fué escuchada, exclamó: "¡Qué hermosa está: tal como yo la quería!" Inmediatamente volvió á quedar ciego y así permaneció hasta su muerte, acaecida el nefasto 15 de Febrero de 1817.

El P. Francisco Javier Marroquín y Perea, cuya memoria, según frase del Espíritu Santo, será de bendición (Ps. III. 7), supo formar con sus ejemplares virtudes una pléyade de sacerdotes que sin ruido ni ostentación se consagraron á sacar del pestilente fango á innumerables pecadores y á dirigir á las almas por los limpios senderos de las virtudes cristianas. De aquellos citaré á Melchor Angeles, de depravada y escandalosa vida, que acogido después de duras pruebas en la casa del gran San Felipe Neri, dió admirables ejemplos de penitencia y falleció con la deseada muerte de un santo el 16 de Septiembre de 1855.

Con el fin de que no se perdieran algunas noticias tradicionales de este admirable varón, publiqué hace dos años en "El Tiempo" y "El Boletín Oficial" del Arzobispado de Oaxaca, tres casos de profecía y conocimiento de sucesos distantes. Posteriormente supe lo que os voy á referir, contando con vuestra benévola atención y quizá abusando de ella.

Existía en Querétaro una persona respetabilísima, que nos ha dejado una Memoria Estadística de este Estado, publicada en 1875. Fueron sus hijos un médico muy aventajado, á quien diré de paso debo inmensa gratitud por los cuidados exquisitos que aquí dispensó á la señora autora de mis días, un jurisconsulto íntegro y fervoroso católico y una hija á quien amaba extraordinariamente, la que después de algún tiempo se enfermó de suma gravedad. En tal conflicto, el Sr. Don José Antonio Septien y Villasenor, su cariñoso padre, apeló á cuantos medios pudo, siendo uno de ellos acudir á su íntimo amigo el P. Marroquín, que justamente tenía la fama de ser un santo sacerdote, rogándole dirigiera sus fervorosas y valiosísimas plegarias al Señor de la vida

y le ofreciera que si su hija sanaba, daría copiosas limosnas para la iglesia de San Felipe. El P. Marroquín le oyó con calma y luego contestó con este apotegma: "A Dios no se cohecha ni quiere idolitos." Desconsoladísimo quedó el afligido Sr. Septien con semejante respuesta; al poco tiempo la niña Lucía murió.

Había ordenado el P. Marroquín terminantemente á unos jóvenes que se educaban en la casa de la Congregación, que no se divirtiesen con ningún juego de naipes. Estos no le obedecieron sin embargo, hasta que cierta noche que estaban encerrados en un aposento, entusiasmadísimos en el juego, cuando creían que el P. Marroquín dormía ya, se les presentó este V. Preósito. *Foras clausae stetit in medio eorum* (Joan. XX. 19). ¡Cuál sería su sorpresa y confusión! esto fué bastante para obtener un verdadero arrepentimiento, sincera enmienda en su desobediencia y acrecentar por otra parte la inmensa veneración á aquel que acababa de darles una palmaria prueba de haber gozado anticipadamente del don de la sutileza.

En cierta ocasión fué invitado á tomar unos días de solaz en una de las haciendas cercanas á esta ciudad. Aceptó de buen grado. Estando allí dió ejemplos como en todas partes de ser un hombre de Dios; referiré uno que revela su condescendencia extraordinaria, sólida obediencia y sufrimiento paciente.

Varios jóvenes que moraban en dicha hacienda, le convidaron para que tomase parte en una diversión que iban á tener, y que era un simulacro de asalto militar. Aceptó la invitación, cual discípulo aprovechadísimo de San Felipe Neri que jugaba frecuentemente con los niños para ganarles á su vez el cielo, y desde luego unos de los jóvenes se colocaron dentro de un cuarto y otros

fuera; olvidando en esta ocasión la respetabilidad del R. P. Marroquín, le nombraron centinela, con obligación de tener abierta constantemente una ventana alta por medio de un otate ó carrizo, para que por allí pudiesen penetrar los tiros que dirigían á los que estaban encerrados. Nuestro buen P. Marroquín aceptó la comisión sin protestar. Caro le costó su anuencia, pues más de una vez sufrió golpes; pero permaneció impasible en su puesto, y aunque de continuo tenía que limpiarse el polvo con que los terronazos le ensuciaban ya la cabeza, ya la cara; no dejó por esto de mantener abierta la ventana, para cumplir así con lo que se le había ordenado.

He sabido que el Señor le concedió, para salvar á un alma, la gracia especialísima de bilocarse.

Existe un retrato litografiado de este V. Prelado donde se lee: que nació en 1808, que fué ordenado sacerdote en 1833, vistió 32 años la sotana de felipense y después de haber sido Preósito 15, murió en olor de santidad en Febrero 5 de 1857. (3).

El P. Agustín Guisasola, orizaveño, á quien la generación presente recuerda todavía con ternura y quien me honró con su amistad, lo recuerdo con gratitud, estaba dedicado á su ministerio como un apóstol, y era tan generoso con los pobres, como un Tomás de Villanueva, despojándose hasta de la camisa para cubrir al desnudo. Por su saber nada común, su conducta inmaculada y por haber servido más de cuatro lustros la primera parroquia de esta diócesi con perfecto acierto y unánime aprobación de los moradores de ella, fué justamente llamado por el inolvidable Illmo. Sr. Dr. Don Ramón Camacho, que tanto le estimó, para que formase parte de su cabildo, que hace 16 años le perdió. Nos ha dejado

32 cuadros en medio folio de "El Pontificado Católico, Historia compendiada de los Papas, desde el establecimiento de la Iglesia por N. S. Jesucristo hasta nuestros días," impresos en 1883, y unas cartas contra el protestantismo (1883 y 1884), que difundió entre los queretanos, luego que desgraciadamente apareció tal secta en esta preciosa heredad del Señor. Un sermón sobre el Patrocinio de la Santísima Virgen (1867).

Añadiré los siguientes rasgos, que el autor de su biografía calló, tal vez por no saberlos, y que patentizan más y más su acrisolada virtud. Cuando fué Cura de Santiago, no se contentaba con repartir entre los pobres cuanto tenía, al grado que aun los estipendios que le daban por las misas, no bien los recibía con una mano, con la otra los daba, sino que su caridad se extendía también á los socorros espirituales. Se introducía en las casas de los pobres para averiguar si estaban unidos con el vínculo sagrado del matrimonio y procuró con inauditos esfuerzos, que no hubiese ninguno en su feligresía que no lo tuvieren. Su solicitud para auxiliar á los gravemente enfermos, fué admirable; no le arredaban para desempeñar su ministerio ni las lluvias, ni las propias enfermedades, ni las horas intempestivas, siendo de notar que jamás consintió que sus vicarios saliesen de noche, pues él era quien acudía á esas horas cuando le llamaban á ver á los enfermos y á veces andaba averiguando si los había.

Se hallaba el P. Guisasola enfermo, y le acompañaban algunas personas. En otra pieza bastante distante se encontraban tres jóvenes estudiantes, uno ya no vive, otro no reside aquí y el tercero se halla presente. Deseaban fumar; pero no tenían ni cigarrillos ni medios para comprarlos. Uno de ellos acababa de recibir un pa-

quete de dinero para el P. Guisasola, y esperaba que estuviera solo á fin de entregárselo; había notado que entre los pesos venía un décimo suelto y dijo á sus compañeros: me veo tentado á tomármelo para comprar los cigarrillos. No bien acababa de decirlo, cuando el P. Guisasola le mandó llamar á su recámara. Entró en ésta donde había algunas visitas, el Padre le dijo: en la bolsa de mi chaleco está un décimo; tómalo. Así lo hizo, fué inmediatamente á contar á sus compañeros el fin para que había sido llamado, y todos se quedaron atónitos, porque bien sabían que era imposible que hubiera sido oída su conversación por el P. Guisasola. Nos explicamos este caso los que sabemos que el Señor comunica á los superiores ciertas inspiraciones y especiales luces para impedir el mal. A esos y otros jóvenes sostuvo é instruyó algún tiempo, no en vano, puesto que ocho recibieron el sacerdocio y algunos han sido dignos hijos de la Congregación del Oratorio, por cuya conservación y aumento el P. Agustín no perdonaba sacrificios. (4).

Vivía á principios del siglo pasado un felipense queretano, que después de haber estudiado con brillo en el Colegio de San Ildefonso de nuestra capital, de haber obtenido las ínfulas doctorales en Cánones en la antigua Universidad de México, de haber servido el Curato de San Francisco del Rincón, de haber restablecido los estudios en el Colegio de San Javier de aquí, del cual fué rector, y de haber sido Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia de Michoacán y su Vicario General y su Provisor, todo lo renunció ¿por qué? porque acertadamente juzgó que le era más honroso y saludable vestir la humilde sotana de hijo de San Felipe Neri. Se llamaba Manuel María Iturriaga y Alzaga, á quien se le confió el

sermón de dedicación de la iglesia de las Carmelitas el 20 de Julio de 1802, sermón que desempeñó á entera satisfacción del auditorio, según publicaba la "Gaceta" de aquella época. También enriqueció el P. Manuel María nuestra literatura con sus producciones, de las cuales una parte se imprimió y otra quedó inédita.

El P. Mier publicaba en Londres el año de 1813 (tom. I, pág. 292 de su Historia de la Revolución de Nueva España), que este V. sacerdote Iturriaga poco antes de morir había denunciado al Sr. Cura Dr. Don Rafael Gil de León la conspiración que se tramaba aquí, en 1810, en contra de la dominación española.

Bustamante prohió la calumnia del P. Mier, aunque sin nombrar al P. Iturriaga (Cuadro Histórico. Carta II), así como el Dr. Mora (México y sus Revoluciones, tom. IV, pág. 17), "México á través de los Siglos (III, 97) y otros modernos escritores. Pero Don Lucas Alamán, concienzudo historiador, dice en una nota de su Historia de México (tom. 1, lib. II, C. II), que sabía el P. Iturriaga la conspiración por el Corregidor Domínguez y por Allende, y aunque no quiso tomar parte en ella, tampoco la denunció. El haber acaecido su muerte por estos días, dió lugar á semejante calumnia.

El denunciante fué el español llamado Francisco Bueras: así lo afirman el mismo Alamán y Arrangóiz (México desde 1808 hasta 1869, parte 1, cap. IV, pág. 78), Zamacois (tom. VI, c. V, p. 190) y el Lic. Alvarez (Historia de México, tom. IV, p. 14), añaden que Bueras se presentó al Sr. cura Gil. Un testigo presencial, Epígnio González, testimonio de gran autoridad (Boletín Histórico Mexicano, Nbre. y Dicbre. de 1901. México) nos dice que Esquerro, religioso agustino, fué á México á denunciar la conspiración al Sr. Arzobispo Lizana an-

tes de la llegada del Virrey Iturrigaray; que el asesino Francisco Araujo, para lograr su libertad, fué otro que la denunció aquí el 12 de Septiembre al escribano Domínguez y éste á su vez, al Comandante Rebollo; por último, que el enviado de Allende, Mariano Lozada, llegó aquí el 14, en momentos que sepultaban al P. Iturriaga, á quien le hallaron después de su muerte papeles que no dejaban duda de que conocía la conspiración. (V. tomo II n. 30. En los Documentos para la Guerra de Independencia, se habla de otra denuncia hecha el 14 por un eclesiástico sin nombre que la supo en el confesonario.

Fácilmente se explica que catearan el aposento del P. Iturriaga en los momentos de excitación que hubo aquí, por las relaciones, según queda dicho, que tenía el Padre con Allende. Por todo lo expuesto se confirma más y más que el P. Iturriaga no fué denunciante ni ante el Cura Gil ni ante ninguna otra persona.

Agregaré para acabar con la calumnia propalada por el P. Mier, que éste se encontraba en el extranjero desde 1795 y que hasta 1822 volvió á México; que fué muy ligero en sus escritos, puesto que ignoraba que el P. Iturriaga ya no era entonces canónigo sino felipense, y que en artículo de muerte su confesión tenía que recibirla el padre destinado para esto, según las sapientísimas reglas del Instituto de San Felipe Neri y no el Cura de Santiago. Una de las cualidades de los felipenses queretanos ha sido no haberse inmiscuido en asuntos ajenos á su ministerio; ninguno ha figurado en las épocas de las conmociones políticas, excepto el P. Campa, por justas causas, como después diré, y otro á quien debemos en gran parte nuestra Independencia, por los consejos que dió á Iturbide, el Dr. Monteagudo, felipense de México.

El P. Mier, para escribir su Historia de la Revolución, se inspiró en gran parte en el periódico que se publicaba en Londres por Blanco y White, llamado "El Español," donde se trata efectivamente de la conspiración de Querétaro (en el tomo III, pág. 19); mas no se menciona al P. Iturriaga, por lo cual se patentiza que el P. Mier le calumnió. Me es en gran manera satisfactorio vindicarlo en esta augusta reunión. Así sucede con frecuencia, que el dicho de un autor se acepta sin criterio y después corre como verdad.

No son menos dignos de remembranza estos otros felipenses: el P. Manuel Soria y Beña, queretano, hijo del médico Don Manuel, que fué colocado por el fundador de este obispado en su primitivo Cabildo y desempeñó con acierto los cargos de Secretario, Provisor y Gobernador; su nombre figurará siempre en la Historia de nuestra patria por haber auxiliado en sus últimos momentos, en el célebre montículo de las Campanas, al infortunado Emperador Maximiliano; fué un sacerdote de intachable conducta, formado conforme al espíritu del gran San Felipe Neri. El Dr. Don Agustín Rivera, en sus Anales Mexicanos, nos dice que el P. Soria tendría en 1867 poco más de cincuenta años, que era de cuerpo endeble y enfermizo, de genio tímido, de buena capacidad intelectual, humilde y virtuoso, de palabras y modales dulces, abogado recibido por el Tribunal de Querétaro y Vicario Capitular á la muerte del Illmo. Sr. Gárate.

Permitidme todavía que os recuerde al P. Nicolás Campa, de un carácter franco y jovial, á quien se le pueden aplicar aquellas palabras de San Pablo: "me he hecho todo para todos, á fin de salvarlos á todos." (I. Cor. IX, 22). Algunos que no le conocían á fondo, le tacha-

ron de profesar las ideas del liberalismo, porque tenía relaciones con los que las profesaban, cuando su mente era ver lo que podía conseguir de ellos en beneficio de la Iglesia; no por otra causa aceptó ser Secretario del Gobierno de este Estado, conducta que fué aprobada por mi Padre, el Illmo. Sr. Labastida. Os referiré algunos rasgos de él: tenía una urraca, á la cual, luego que le decía: "vamos á alabar á Dios," el animalito comenzaba á abrir las alas y graznar, y así seguía mientras su amo rezaba. Esto os traerá á la memoria al anciano evangelista San Juan, que también se entretenía con una perdiz domesticada. (Feijoo, T. IV, carta 18, núm. 62). Cuando se le prohibió que pidiera limosna para su iglesia, enviaba á sus conocidos una pequeña estatua de su santo fundador, á la cual puso un papelito, donde se leían estas palabras: "mis hijos no tienen para celebrar mi función."

Le deben las letras los siguientes opúsculos impresos: el Sermón de la Santísima Patrona de esta ciudad Sta. María del Pueblito, pronunciado en la Catedral en 1875; otros dos sobre la Encarnación del Divino Verbo (1874), y sobre el Augusto Sacramento, á la Cofradía de la Vela Perpetua; el panegírico de su Santo Fundador (1874), la carta de edificación sobre la vida y muerte del P. Marroquín (1857), y los apuntes biográficos de su antes referido hermano y Preósito el P. Guisasola en 1889. Ha legado á la posteridad otro monumento. Cuando fué á Casas Viejas ó San José de Iturbide, donde se distinguió como un cura modelo en el desempeño de su sacro ministerio; afecto á la pintura y á las bellas artes, se empeñó en que la iglesia parroquial se convirtiera, como se convirtió, en un suntuosísimo templo que constantemente publicará á las generaciones venideras

cuánto amaba el P. Campa, á fuer de excelente felipense, el decoro de la Casa del Señor.

"La Sombra de Arteaga," periódico liberal fundado en 1867, en los números del 5 de Abril de 1884 y del 10 de Noviembre de 1890, tributó merecidos elogios á los PP. Soria y Campa cuando murieron. Del primero, dice: "eclesiástico ejemplar, abogado recto, sincero amigo, con exactitud matemática cumplía sus deberes; quetetano respetable por su inteligencia y honradez, era siempre el árbitro de los litigios particulares, hábil consejero en los arduos negocios de las familias, honra del clero católico de esta diócesi por haber sido tan virtuoso. La familia imperial de Austria, en muestra de gratitud por sus servicios espirituales al lado de Maximiliano, le obsequió una rica cruz de oro, inerustada de brillantes." Este obsequio lo ví en manos de mi finado prelado el Sr. Labastida, que alguna vez lo usó; era un pectoral con valiosas amatistas.

Del P. Campa decía: "que fué caritativo sin ostentación, protector de la ilustración de la juventud, buen hijo, buen hermano, buen amigo y excelente sacerdote."

El epitafio del P. Campa, compuesto por un justo varón, lo sintetiza así: *Hic jacet qui jacere nunquam potuit in vita, quia plenus charitate nunquam momentum aliquod sibi servavit.* Aquí descansa el que en vida nunca pudo descansar, porque lleno de caridad, nunca se reservó un momento para sí.

Hubo en el pontificado del Illmo. Sr. Dr. Don Ramón Camacho, un sacerdote ilustradísimo, el Sr. Lic. Don Ismael Jiménez y Romero, de costumbres inmaculadas y de una sencillez columbina, á quien su Señoría Ilustrísima le consultaba, y al que más de una vez llevó á la visita pastoral; le nombró canónigo; pertenecía al

Oratorio de San Felipe Neri de esta ciudad, de donde se separó para pasar al de México; allá se dedicó, como aquí, á la dirección de las almas; falleció entre sus amados hermanos, honrado con una prebenda de aquella metropolitana catedral; fué alumno muy aprovechado y notable catedrático de cánones en el Seminario Conciliar de México.

Apenas me queda tiempo para mencionar los respetabilísimos nombres del P. Prepósito Tomás Valencia, que tanto sobresalió por su mansedumbre y humildad, como nos lo testifica todavía su epitafio (5); del P. Prepósito Ignacio Gutiérrez, tan docto en la teología como en el derecho y en la poesía (6); del venerando Prepósito José María Escamilla, que, cual otro Elías, subió al cielo el 17 de Mayo de 1904, dejando su espíritu de verdadero felipense, en otro Eliseo, su último hijo, Ignacio de Loyola, para que asociado con su santo hermano Jerónimo Ruiz, edificaran y plantaran, conservaran y aumentaran el glorioso instituto Neriano, á pesar de la oculta é injusta, cruel y despiadada guerra que les suscite el enemigo malo, y del ejemplar hermano Antonio Rosas, de quien se conserva viva la memoria de sus heroicas virtudes. (7)

Abusaría de vuestra atención si me prolongara con otras reminiscencias que podría hacer sin esfuerzo, no obstante la máxima que se ha profesado en el Oratorio de Querétaro, de llevar una vida oculta en Cristo. (Colosenses, III, 3). Poco importa que no añada más nombres de virtuosísimos felipenses: ni mencione sus acciones heroicas, sus prolongadas y constantes mortificaciones, su altísima contemplación y demás prendas, quedarán desconocidas; pero en la celestial Jerusalem brillan ya y brillarán (Dan., XII, 23), como estrellas de gran magnitud por toda la eternidad.

Santos manes de los Prepositos Acosta (8), Aguilar (9), Garfias (10), Luna (11), Martínez del Campo (12) y Sánchez; padres Abaunza (13), Aellon, Caro, Conejo (14), Fuentes, García, Montañó, Moreno, Perea y Pichardo, hermano Gascón (15), perdonadme que no haya revelado lo mucho bueno que hicisteis cuando vivíais entre nosotros.

Queretanos queridísimos! profesad siempre una veneración profunda y una grandísima adhesión á los que sin ningún voto se reúnen en la casa del Santo Padre Felipe Neri, donde tienen siempre abiertas las fuentes para lavar las lacras del pecado, donde distribuyen de continuo un doble alimento para el corazón y para la inteligencia, y que hasta hoy seguirán siendo edificantísimos hijos de su santo fundador.

Nunca hagáis eco al protestantismo ni á los convencionalistas del siglo XVIII, satélites de Lutero, que odian y quisieran barrer de la redondez del mundo, á los que se juntan á orar por los que no oran, á practicar la angélica virtud en medio de un siglo que por todas partes trasciende molicie y sensualidad, á vivir pobre y modestamente entre los adoradores del becerro de oro, y que sin ostentación, alarde ni jactancia, cual mansas aguas, hacen cuanto pueden en beneficio de sus semejantes.

Tened presente lo que se lee de San Gregorio Magno, quien después de prevenir al Arzobispo de Rávena que no incomodara los monasterios, sino que antes bien los protegiera, defendiera y aumentara su número, reunió el III Concilio Romano (601, pág. 521 de la Suma de Coroliano), en que formó un decreto para prohibir á todo obispo ó seglar que causasen el menor daño á los

que se congregan para alabar al Señor con himnos y cánticos y para practicar los consejos evangélicos.

No olvidéis los anatemas que Alejandro IV fulminó contra Guillermo de San Amador ó de Saint Amour por haber escrito un libro que llevaba por mira el impedir que ninguno se incorporase en las comunidades aprobadas por la Iglesia.

Al ridículo pretexto de la imaginaria relajación con que se quiere encubrir el antimonaquismo, oponed lo que Rayne contestó á Polemar en el Concilio de Basilea, celebrado el año de 1431: reprobese entonces la medicina porque no siempre cura, según decía San Agustín, ó que se apague la débil luz porque no es brillante.

Recordad lo que Pío VI decía: que si Roma no tuviera familias religiosas, nadie hubiera escapado de los longobardos. Su Santidad así lo había aprendido del citado San Gregorio Magno y de Benedicto XIV, quien, tratando de Bolonia, decía: "Esta ciudad, afligida por tantas calamidades espirituales y temporales, no subsistiría si las oraciones de las monjas y de los frailes no hubiesen calmado la ira del cielo." (16)

Es muy sabida la cuestión, escribía el Sr. Dr. D. José Guadalupe Romero, Doctoral de la Santa Iglesia de Michoacán, en su Estadística de ese Estado (impresa en 1862, pág. 20), que el Illmo. Sr. Dr. Don Juan Ignacio de la Rocha y Diez, su vigésimocuarto Obispo, tuvo con los padres felipenses de San Miguel el Grande, á causa de la visita que quiso hacer á la Casa del Oratorio y Colegio de San Francisco de Sales. El P. Dr. Gamarra, apoderado de sus hermanos los felipenses, pasó á Roma para ventilar esta cuestión, y como era lógico y natural fué fallada en contra del prelado; éste había permanecido en el territorio de aquel curato, durante el

curso de aquel negocio, y á pocos días de saber la resolución, murió de pesadumbre en la hacienda de Puerto Nieto, el 3 de Febrero de 1783. Este asunto ocupó en su tiempo mucho la atención pública.

Otro escritor humilde que conocéis, hace 25 años ponía en sus notas á las Noticias de México, por Sedano, lo siguiente: "Siempre han sido muy delicadas las cuestiones con los regulares, soldados beligerantes de la Iglesia, que por lo mismo han gozado de ciertas prerrogativas, privilegios, exenciones, gracias ó favores por concesión del Obispo de los Obispos, el Romano Pontífice, como una recompensa á sus trabajos, á sus sufrimientos, á sus virtudes. Graves disgustos han tenido á veces los preladados, que no han tenido la suficiente prudencia y que movidos de un celo indiscreto por su jurisdicción, les han molestado y tratado como á simples clérigo suyos. En tal conflicto, justa y debidamente han acudido al Vicario de Cristo, que siempre los ha amparado: así lo confirman varios ejemplares en la historia de la Iglesia Mexicana, que demasiado largo sería mencionar."

Illmos. y Rmos. señores: yo sé decir que vosotros, en vuestra alta sabiduría, jamás hostilizaréis en lo más leve á las pupilas de los ojos de San Felipe Neri, que son sus hijos, sino que continuaréis como hasta aquí amando y protegiendo á esta preciosa porción de virtuosos é ilustrados sacerdotes, defensores de la Fe y de la Moral, á quienes conocí en mi niñez, admiré en mi juventud y ahora en mi vejez profeso agradecimiento profundo, respeto sumo y afecto muy acendrado y sincero: feliz sería si les viera á mi lado á la hora de mi muerte. Así sea.

NOTAS

(1). Todavía se encuentra su retrato en la sala donde están sepultados otros padres. Dice así:

"V. R. del R. Esteban Joaquín Ramírez de Bexar. Uno de los fundadores de esta Congregación. Originario de la hacienda de Minas S. Sn. José del partido de Marfil, jurisdicción de Guanajuato en el obispado de Michoacan donde fue cura del pueblo de Ucareo el que renunció para venir á la fundación de esta Congregación en la que vivió ejemplarmente con aplicación pronta á confesar así en la iglesia como fuera á los enfermos. Murió de 71 años 11 meses 9 días, de 46 años 8 meses 1 día de sacerdote y de estos los 17 años 1 mes 3 días en la Congregación en la que fue 2 veces Prepósito y fue su fallecimiento el 8 de Enero de 1780."

El P. Marcos murió en Marzo 19 de 1788 á la edad de 75 años, y 23 años, 3 meses y 28 días de ser felipense: rehusó ser Prepósito y fué el primero el P. Ramírez. Sus primeros compañeros fueron los PP. Felipe N. Yáñez, José Antonio de Tello, que murió en México, y el P. Ramírez. El P. Juan José Tadeo Montaña entró á la Congregación en Febrero 1 de 1767. El P. Díez de Lara se incorporó al Oratorio de Querétaro en Febrero de 1786; por esta época había estos padres: Manuel Núñez de Villavicencio, Rojo y Luna, que se separó.

El P. Ignacio Gutiérrez ingresó en Noviembre 10 de 1817.

En 1818 había estos padres: Ignacio Arce, Ramón Morales y Esteban Martínez Gudillo.

El 30 de Octubre de 1822 entraron el P. José M. Bocanegra y el P. Mariano Servín de la Mora, que no perseveró.

El Lic. Miguel de la Vega, del Oratorio de México, entró á éste en Abril 10 de 1824; ingresaron después Luis Zelaa, Miguel González, Teodoro Corona; se separaron Cipriano Esquivel y Pedro Pérez.

(2). Le sirvió de norma el de Santiago Tianguistengo.

(3). El P. Marroquín fué bautizado en la parroquia del Espíritu

Santo en Diciembre 3 de 1808; fueron sus padres D. José Vicente Marroquín y Da. Dolores Perea. Ingresó en Febrero 13 de 1825. Padeció mucho de epilepsia. Su epitafio dice: "Admodum R. P. D. Franciscus Xavierus Marroquín recti Presbyter tenax qui multoties dignissime huic V. Congregationi proefuit animam suam idibus Februarii anno Domini MDCCCLVII redidit Creatori cujus mortem deplangentibus cunctis orbi Patres ejusdem coetus lachrymis oculis suffusis deposuerunt. R. I. P."

Lo que publiqué en 1903 fué lo siguiente:

Bien sé que en el día se llama *telepáticos* á los que *ven* sucesos lejanos y se quiere desconocer de esta manera lo que *los* cristianos han llamado, llaman y continuarán llamando el don de profecía que el Señor suele conceder á veces á algunos de sus *amados* hijos para indicar lo grato que le son por la práctica de las *virtudes*. Además de este don poseyó el P. Marroquín otro: la penetración de los espíritus. Así lo acreditan respecto de lo primero los *tres* casos siguientes y del segundo uno. Sabe Dios cuántos otros haya, que las personas que los supieron han muerto, llevándose al *sepulcro* la noticia, ó que viven; pero que hasta hoy no lo han dicho.

1. El P. Marroquín vivía muy retraído de la *sociedad*, con quien no se comunicaba sino para el desempeño de su *ministerio*. En cierta ocasión, ya muy avanzada la tarde, con extrañeza de los que le vieron, salió de la casa del Oratorio, pues jamás *faltó* al ejercicio vespertino, y se encaminó á la morada de una *persona* cuya conciencia dirigía; á ésta le causó extrañeza ver á su *director* y mucho más cuando le anunció que iba para oír su *confesión*, accedió de buena voluntad, pues aunque no sentía ninguna *enfermedad*, con frecuencia purificaba su conciencia con las saludables aguas de la Penitencia; concluida la administración de este *sacramento* le ordenó que enviase inmediatamente por el Notario *público* á fin de hacer su testamento, á lo que tampoco opuso *ninguna* resistencia. Entretanto esto se hacía, el P. Marroquín bajó al *despacho* de un comercio de que esta persona era dueño. Igualmente *causó* extrañeza que el sacerdote en vez de retirarse á su domicilio *se* detuviese allí; después de más de una hora, los criados bajaron *asustados* y con violencia en busca de un sacerdote, pues la persona *á* cuyo cuidado estaban se encontraba próxima á morir. Entonces *subió* el P. Marroquín para prestarle los últimos socorros de *nuestra* religión, y en sus manos murió dicha persona propietaria de una *cerería* en la calle del Hospital.

2. El P. Campa se presentó una noche ante su *Prepósito* para que oyera su *confesión*, el P. Marroquín le dijo que *antes* fuera á auxiliar á un herido que estaba para morir cerca del río, *obedeció* en el acto y suponía que alguien le esperaba para *acompañarle*; mas se sorprendió no sólo al hallar cerrada la portería sino que *nadie* le

guiase, esto no obstante se dirigió á donde se le había dicho; habiendo llegado no encontró vestigio alguno de *riña*; acudió al policía para saber si había por allí algún herido, se le contestó que no, entonces por medio de la linterna que llevaba dicho policía se pusieron á buscar, al fin hallaron lo que deseaban y el sacerdote auxilió en sus últimos momentos á aquel desgraciado.

3. La víspera de la muerte del P. Marroquín, acudió á confesarse una persona que era dirigida por dicho sacerdote. Concluida su *confesión* le dijo que era la última vez: "¿por qué?" preguntó el penitente, "porque voy á emprender un largo viaje" contestó el confesor y le añadió que al siguiente día no dejase de asistir á la Misa de cuatro, como siempre lo había *acostumbrado*, que el P. Guisasaola la celebraría, con quien debía seguir confesándose y le diese la limosna que le presentó para que se le aplicara aquella Misa por su alma.

Antes de cenar solían reunirse los Padres en el sitio donde se hallaba la campana con que se tocaba para las distribuciones: el P. Prepósito era siempre el primero que llegaba allí; no fué así la noche á que me refiero, después de largo rato, los Padres lo extrañaban, pues sabían que dejaba cualquiera ocupación por urgente que fuese antes que faltar á las distribuciones religiosas, y solía decir con *doñaire* que no era él el falto de educación sino la campana. Entonces fueron á su aposento y le vieron. . . muerto. Ya se deja comprender la sorpresa y el profundo dolor que todos los felipenses de aquella casa sufrieron. Procedieron á vestirle los sagrados ornamentos, conducir aquel venerable cadáver á la capilla y velarlo. Aquella noche ninguno se separó de su tan amado Prepósito. A las tres y media, el P. Valencia, que era el más antiguo, se dirigió á su hermano el P. Guisasaola á fin de que se dispusiera para celebrar la misa de cuatro, que á esa hora había acostumbrado decirle el P. Marroquín. Así se hizo, al llegar á la sacristía vió que le esperaba la persona mencionada antes y desde luego cumplió el encargo que su confesor le había dado el día anterior. Ambos quedaron *asombrados*, el uno al oír la noticia de la *previsión* del fin de la vida del P. Prepósito y la otra al saber que el largo viaje había sido el de la eternidad. En la ciudad cundió la triste noticia como un rayo, fué tanto el concurso que se presentó no sólo á venerar aquellos restos sino á tomar parte de sus vestiduras, que los Padres se vieron obligados á vestir de nuevo aquel cadáver. Esto ocurría el mismo día que se juró la nueva Constitución de la República, el 5 de Febrero de 1857.

El caso de penetración del interior es este: Un empleado de una de las haciendas inmediatas á Querétaro solicitó permiso de sus amos para ir á confesarse á dicha ciudad, se dirigió á la iglesia de San Felipe, donde los Padres, después del ejercicio de la noche, ba-

jaban á confesar hombres. Ya se deja entender que la mayor parte iban al confesonario del P. Prepósito, pues su santidad atraía, y su confesonario estaba siempre cercado de una multitud. Nuestro dependiente al ver que le era imposible penetrar entre esta muralla humana para que se le oyera su confesión, desistió y se retiró muy desconsolado. La noche siguiente volvió á suceder lo mismo así como la tercera. Entonces viendo que había terminado la licencia de estar en aquella ciudad y no ocurriéndole ir con otro sacerdote por altísimos designios del Señor para así manifestar la virtud del P. Marroquín, se resolvió á abandonar aquel lugar, se arrodilló é interiormente le dirigió al Señor esta excusa: ves que me ha sido imposible durante estas tres noches poder acercarme á los pies del confesor, que la intención me valga é inmediatamente se salió de la iglesia. Había andado unos cuantos pasos fuera, cuando oyó que alguien le palmoteó; volteó para ver lo que se ofrecía y oyó que se le decía que el Padre le llamaba, que se volviera. En efecto, así lo hizo, al entrar al templo el confesor dijo en voz alta: "dejen VV. que ese señor se acerque." Nuestro hombre comenzó á disponerse y una vez que estuvo cerca del confesor, éste luego le dijo: con que V. ya se iba y se quedaba tranquilo porque su intención le bastaba; asombrado se quedó al oír semejante reproche; hizo su confesión y la terminó porque ya no recordaba más pecados. Entonces el P. Marroquín, fué relatando como si hubiera vivido siempre con él, todo lo que había olvidado. Ya se deja comprender cuán conmovido á la vez que espantado quedaría; él mismo refirió este caso después, para manifestar el alto concepto que desde ese momento tuvo de la santidad del Prepósito de Querétaro P. Francisco Javier Marroquín. Oaxaca, Enero 6 de 1903.

(4). Hic jacent ossa et cineres admodum R. P. Augustinus Guisolsa Praepositi V. hujus Congregationis cui per trienii curriculum quatuor mensium ac viginti dierum dignissime praefuit. Obiit die XVII Octobris anno Domini MDCCCLXXXIX.

(5). En el Archivo de la Congregación hay una vida Ms. del P. Valencia. Su epitafio dice: "Egregium specimen humilitatis et eximiae mansuetudinis R. P. Praep. D. Tomas Valencia qui non semel hujusce V. Congregationis Moderator exstitit. Postquam gravissimam malorum tempestate sustinuit VI Nonas Martii Anno Domini MDCCCXIV Aetatis vero suae LI diem obiit supremum."

(6). Su epitafio dice: "Hic sepultus quiescit R. P. D. Ignatius de Gutierrez Ex Praeposito hujusce Congregationis: Migravit e vita postridie calendae Octobris Anno Domini MDCCCLI."

(7). El hermano Rosas estuvo primero de portero; el P. Marroquín, al ver su buena conducta, le ocupó en la sacristía. Ingresó á la Congregación y se distinguió por su caridad en sostener á tres

ancianos pobres. Su epitafio dice: "Hic jacet Frater Antoninus Rosas Laicus hujus Congregationis. Migravit e vita die XVIII Novembris Anno Domini MDCCCXLI."

(8). Su epitafio dice: "Hic jacet R. P. D. Joannes N. Acosta Praepositus hujusce Congregationis. Migravit ex hac in aeternam vitam die tertio Aprilis Anno MDCCCXXXIX."

(9). Hic jacet egregium specimen R. P. Raphael Aguilar qui praesidens hanc suam dilectam Congregationem vitae cursum implevit X Calendas Julii Anno MDCCCXCI. R. I. P."

(10). Jacet hic sepultus R. P. Praepositus D. Joseph Maria a Garfias. Obiit die VI mensis Decembris (1822), cujus anima requiescat in pace." Era originario de Aculco, E. de México.

(11). Admodum reverendus P. Antonius M. Luna instar gemebundi turturis in iis almae domus deplorandis ruinis a rerum seditionis rapido turbidino quasi in tutum sese recepit et munere egregie perfuncto oerumnas quae operosi morbi aequo animo perferens pridie nonas Martias Anno reparatae salutis MDCCCXXVI.

(12). Hic tumulatum est cadaver R. P. Joaquin de Martinez cujus interitus Februarii nonis Anni Domini MDCCC. . . .

(13). Hic jacet R. P. Joseph Antonius Iconel Abaunza in pace nupti requiescat obiit die IX Junii MDCCCVIII.

(14). Hic jacet R. P. Joannes Joseph Conejo in pace Nupti requiescat obiit die XXX Junii MDCCCVIII.

(15). Cadaver hic jacet P. D. Joseph Eman. a Gascon juvenis hujusce Congregationis. Migravit e vita die XVI Januarii Mensis Anno MDCCCXXIV.

(16). Estas doctrinas las he sacado de "Frayles," reimpresión de dos cuadernos que en las circunstancias pasadas de la nación española escribió en Cádiz un sabio y respetable sujeto. "México 1815," y "Manifestación que hace el gobierno eclesiástico de Guadalajara, contra las disposiciones dictadas en Veracruz. 1859."

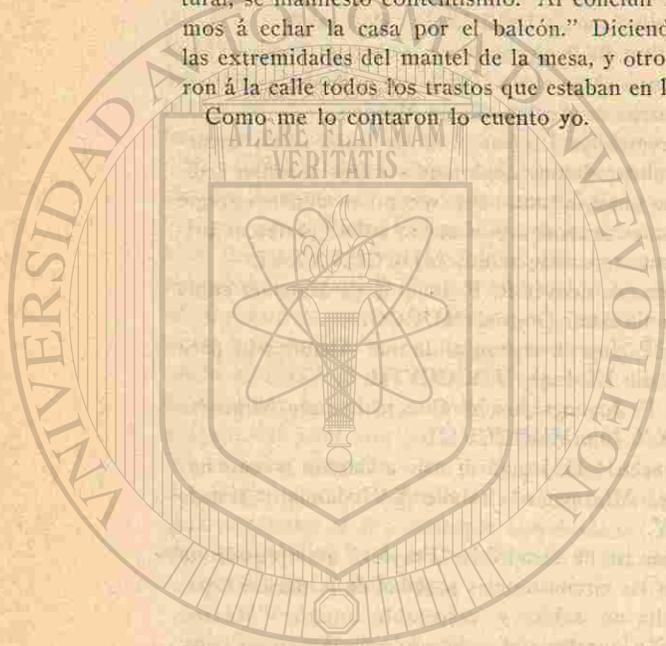
No cause extrañeza haya omitido los nombres de los PP. Luis Borja y Timoteo Camacho, porque se separaron de la Congregación; sólo diré que ambos fueron buenos. El primero se dedicaba á preparar á los niños para la primera comunión que hacían los días de San Luis Gonzaga, y que murió siendo canónigo de la diócesis. El segundo fué licenciado y cuando enviudó entró al Oratorio, donde sobresalió por su dedicación á oír las confesiones, á veces hasta horas muy avanzadas de la noche. Daba los ejercicios espirituales á quince pobres á sus expensas en la casa núm. 3 del Sol Divino. Construyó en la ranchería de Saldarriaga una iglesita dedicada á Nuestra Sra. de Guadalupe, donde está sepultado, sin que tenga una lápida. Murió en 1882.

Respecto al P. Diez de Lara, supe la siguiente anécdota que no

referí, porque á uno de los amigos á quien antes le leí mi discurso, opinó que debía omitirla, porque además de no ser importante, alguno podría creer temerariamente que obraba por la influencia de la bebida; pero para obsequiar á otro la pongo aquí.

Después de la fiesta de la Dedicación, hubo una comida á la que concurrieron las personas más prominentes de la sociedad queretana, eclesiásticos y seculares. El P. Diez todo el día, como era natural, se manifestó contentísimo. Al concluir la comida dijo: "Vamos á echar la casa por el balcón." Diciendo y haciendo, tomó las extremidades del mantel de la mesa, y otro las opuestas, y echaron á la calle todos los trastos que estaban en la mesa.

Como me lo contaron lo cuento yo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

818198



UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUE

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

004